THE ROYAL LIVINGSTONE HOTEL

África Añeja

Hace muchos años, allá por el 1855, David Livingstone tropezó con uno de los accidentes naturales más hermosos y dramáticos del mundo: Las cataratas de Mosi-Oa-Tunya (El Humo que Ruge), a las que renombró en honor de la Reina de Inglaterra. Desde entonces se las conoce como las Cataratas Victoria. Y junto a ellas, un hotel invita a vivir tiempos de leyenda.

Por: Manena Munar

Terraza del Sol del hotel Royal Livingstone, perfecta para disfrutar de espectaculares puestas de sol a orillas del Zambeze.

1/ Una familia de cebras merodeando alrededor de la Terraza del Sol al atardecer. **2/** Nada como una melodía al piano para acompañar el cóctel del día que el barman del hotel prepara con esmero. **3/** La tarde se refleja en la piscina del hotel, uno de los lugares preferidos por los monos vervet.

the royal livingstone

Las numerosas expediciones cargadas de entusiasmo y desesperación, de aventura y de malaria por las que pasó el Dr. Livingstone durante años antes de dar a conocer al mundo tanta belleza, hoy se reducen a un cómodo vuelo que aterriza en el pequeño aeropuerto de Livingstone, ciudad bautizada en 1904 en honor al célebre explorador, siendo la capital del Protectorado Británico de Rhodesia del Norte desde 1911 hasta 1935, año en que Lusaka fue nombrada capital de Zambia y Livingstone pasó a ser una ciudad tranquila "Capital de la Aventura" por sus muchos atractivos. Al atravesar la ciudad camino del hotel, la imaginación se dispara observando construcciones de la era colonial "eduardiana" que, aunque un poco deterioradas, aún guardan su prestancia y su leyenda. En un edificio blanco de sólida estructura el rótulo de Stanley protagoniza la calle por la que se salpican tiendas de todo, edificios antiguos y coloridas casas con jardines que no hace falta regar, pues crecen solos. El minibús se detiene y le río Zambeze hace su primer acto de aparición, mostrando una de las muchas facetas que irá descubriendo a lo largo del viaje. Varado en la orilla, el "Reina de África" aguarda a sus pasajeros para navegar igual que lo hizo en el 1947, cuando el Rey George de Inglaterra y su esposa la Reina Elizabeth subieron a la hermosa embarcación de regias maderas y esmerado servicio para desentrañar alguno de los misterios del cuarto río más largo de África. Es fascinante la travesía en el taxi acuático hacia el hotel, situado en el Parque Nacional de Mosi-oa-Tunya. A una velocidad considerable la barca surca las aguas adornadas por pequeños islotes cubiertos por vegetación tropical y habitados por todo tipo de aves, sorteando los torbellinos y siguiendo la corriente imparable del río. Se aproxima a esa nube espesa de vaho que se divisa a lo lejos y que no es otra cosa que el agua pulverizada de las cataratas al caer. Y se acerca más y más, hasta que parece que se va a unir a la cortina de agua que

4

forma el río Zambeze al precipitarse desde una altura de 108 metros. Pero es solo una artimaña del barquero que, tras estimular la adrenalina del visitante, gira suavemente cerca del borde del abismo y atraca al lado de una terraza de madera protegida del sol por la sombrilla natural de una acacia, donde el séquito del hotel Royal Livingstone espera para dar una bienvenida cargada de sonrisas, de calidez y aderezada con un estupendo té helado, en la orillita del río. Por el jardín poblado de árboles de "mopane", de sauces, de acacias y de palmeras y adornado con arbustos florales, corretean los monos vervet que serán compañeros inseparables durante nuestra estancia en el Royal Livingstone, bien contemplando a los comensales desde una prudente distancia –para cuando menos se lo esperen robarles el azúcar o las tostadas del desayuno–, bien tratando de abrir las correderas de las terrazas para husmear en la nevera de la habitación, o bien sentándose en la espectacular terraza para contemplar la puesta de sol.

Muchas páginas merece el interior del hotel para poder describir con acierto los innumerables pormenores que le han hecho ser uno de los enclaves con más encanto de África. La influencia de David Livingstone y su época se advierte en cada detalle: en las tapicerías con motivos florales y animales, en las telas con tonos de la selva contrastando con el lino blanco, en los muebles de caoba, en las *chandelier* que cuelgan de los techos alternando con los ventiladores de aspas de madera, en la recoleta biblioteca o en el espectacular bar con su piano, sus taburetes de piel y su escogida selección de whiskies, que el *barman* aconseja con la misma sabiduría que le ayuda a preparar un cóctel distinto para cada velada. Por las paredes cuelgan cuadros de Livingstone con su traje de explorador, con el de misionero, con su gorra de marinero, y de cada pintura se desprende ese carácter que su amigo y compañero Stanley definió tan bien en su diario: "Su cabello es castaño; junto a las sienes algunas líneas grises, y si el bigote y las patillas encanecen, los ojos, de color castaño claro, conservan la viveza y la mirada penetrante".

En el salón, la hora del té es sagrada. Mesas y aparadores se llenan de bandejas con sandwiches de pepino, brioches, bizcochos y demás acompañamientos del típico *British Tea*. El personal del hotel viste atractivos uniformes de los tiempos coloniales que realzan la tez morena y el porte elegante. Hay un mayordomo destinado a cada habitación, que está pendiente del mínimo gesto para acompañar al huésped a sus dependencias en un coche de golf, atender cualquier solicitud, o informar sobre las muchas actividades que se pueden organizar desde el hotel. En las mesillas de las habitaciones hay todo tipo de ungüentos e insecticida para los mosquitos y demás simpáticos insectos que sobrevuelan la zona. Unas camas perfectamente vestidas, un escritorio cuya lámpara representa a un orondo hipopótamo, un cuarto de con baldosas de ajedrez blancas y negras, y todas

1/ El legendario tren de vapor Livingstone. **2/** Vasija decorada con la cabeza de un elefante. **3/** La decoración del Livingstone Express anima a viajar a los tiempos del gran David Livingstone. **4/** Tienda para masajes a orillas del Zambeze, para escuchar el rumor de las cataratas y el correr del río.

The Royal Livingstone Express - Un tren de vapor.

Ben Costa es un enamorado de su trabajo. Se le nota en el brillo de sus ojos, en su sonrisa soñadora y en lo ameno que resulta su relato sobre su gran y mimado juguete: "The Royal Livingstone Express". Este hombre con cuerpo grande y sonrisa fácil de origen portugués, es un ingeniero fascinado por las locomotoras, por los trenes en general. Es el manager del mítico ferrocarril de vapor que en unos vagones de ensueño recorre el valle del Zambeze y cruza las cataratas Victoria en el parque natural de Mosi-oa-Tunya, atravesando el puente y compitiendo con la blanca neblina de la gran caída al expulsar el humo negro de su locomotora. Ben cuenta la historia del ferrocarril mientras señala la montaña de carbón al lado del tren, el vagón que almacena el mineral y nos presenta al jefe de la locomotora, que va echando pedruscos negros a la caldera, igualito que en sus comienzos cien años atrás, cuando Cecil Rhodes soñaba con unir El Cairo con Ciudad del Cabo. Si esta unión hubiera tenido éxito, tendría que haber sido en la línea privada del Mulobezi, organizada por Zambezi Sawmills en 1916, ya que fue la más grande de África.

"Bushtracks África" y "Rovos Rail" se encargaron de la aventura de restaurar el tren que concluyó con cinco vagones; dos de ellos comedores con sillones "Chesterfield", coquetas lámparas de cristal y madera recubriendo los techos y las paredes, un vagón cocina bar donde charlar y tomar un vino mientras el chef elabora la cena, otro que hace las veces de salón y está decorado con telas de damasco y flores tropicales, y finalmente el último coche, el Observatorio, desde donde con suerte se contemplarán los elefantes que cruzan por la sabana, los hipopótamos y algún que otro búfalo entre manadas de cebras e impalas. Y, con mucha fortuna, el rinoceronte blanco, que está prácticamente extinguido debido a su caza indiscriminada en busca de su valioso cuerno.

La entrañable locomotora Nº 156, clase 10, fue rescatada y renovada por el artista David Sheperd, y finalmente "Sun International" se unió con "Bushtracks África" para añadir a los incentivos de su hotel de cinco estrellas un recorrido a bordo del tren. El "Royal Livingstone Express" sale a las cinco de la tarde de las oficinas de Mulobezi y comienza la excursión por el suburbio de Dambwa hacia el Parque Nacional de Mosi-Oa-Tunya, una ruta en la que la sabana africana, su flora y su fauna se mostrarán sin timidez mientras los pasajeros saborean una copa vino sudafricano. La música de fondo es el rugido del agua en las cataratas, el trinar de los pájaros y el lenguaje de los animales que se guarecen de la noche. A la orilla del río Suide –a 17 km de la ciudad de Livingstone–, el tren hace un alto en el camino para obsequiar a los pasajeros con una suculenta cena de seis platos antes de emprender la vuelta y terminar el día a las diez de la noche en la estación.

1

3

4

2

5

1/ Sobrevolar las Cataratas Victoria es una experiencia inolvidable. **2/** La terraza-comedor del hotel, en la que antes de que lleguen los huéspedes para desayunar el *maître* alecciona al servicio, sobre todo en lo que a espantar los "monitos" se refiere. **3/** Hasta la forma de presentar el pescado ahumado del desayuno es original. **4/** Un fantasmagórico árbol vigila las aguas del río Chobe y saluda a los boquiabiertos visitantes. **5/** Un sonriente Chef muestra a los huéspedes del hotel las delicias que podrán degustar durante el desayuno.

las posibles comodidades son parte de los alicientes para disfrutar de una grata velada a la que seguirá un amanecer lleno de sorpresas: la primera, nada más abrir los ojos, es la imagen inigualable del Zambeze en su incesante fluir hacia el abismo.

Llueve hacia arriba

El aire de la mañana huele a limpio y en el azul del cielo destaca la cortina neblinosa que forman las cataratas en su precipitación, asemejándose a una lluvia ascendente. Los monos también han amanecido con energías renovadas, dispuestos a sacar buen provecho de su mejor momento del día: el desayuno, cuando los huéspedes van y vienen del bufé con los platos repletos de huevos, salmón, trucha, fiambres, quesos diversos y demás manjares, que entre botellas de *champagne* y zumos deliciosos esperan para hacer las delicias de unos comensales que no serán precisamente los macacos –aunque ellos así lo esperen–.

Claros y nubes van conformando el día haciendo que el vuelo en helicóptero sobre el río y sus caídas esté lleno de luces y sombras. Desde la base de Baobab Ridge despegamos para sobrevolar un circuito en el que el esplendoroso Zambeze muestra lo mejor de sí. Por una ventana aparece el vasto río en toda su extensión. Por la otra se observan los islotes que lo dividen, formando rías rodeadas de exuberante vegetación que van a parar a los rápidos antes de lanzar esa avalancha acuática sobre la garganta que desde el aire parece emerger de lo más profundo. En uno de los giros, la vista diáfana del Royal Livingstone ratifica su privilegiada situación al borde mismo del río y la unicidad de su terraza, que aguarda para contemplar bajo su acacia una bellísima puesta de sol mientras se saborea el cóctel que el *barman* ha preparado para la velada, que bien puede ser un Stanley Revenge, la dulce venganza de Stanley, que contiene pomelo, grosellas y zumo de tamarindo con vodka. O quizás un Dr. Livingstone Presume, emulando el saludo de Stanley durante su primer encuentro con el Doctor, y que es una mezcla de menta con manzana, miel y whisky servida con mucho hielo.

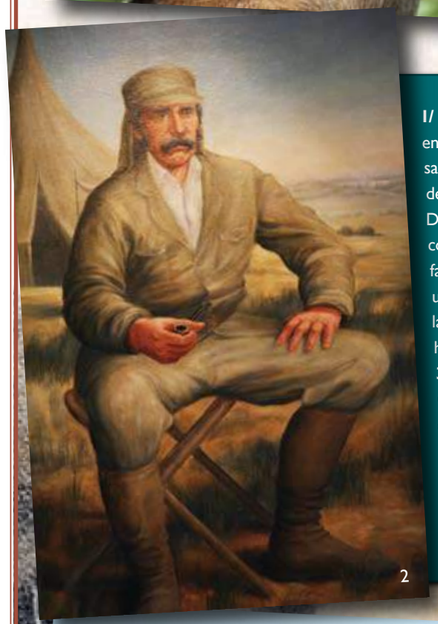
El recorrido a pie bordeando las cataratas desentraña la cara más salvaje del río. Al adentrarse en esa magnífica naturaleza atestada de higueras, acacias y del mitológico árbol baobab –que tiene propiedades curativas para el alma y para el cuerpo–, se entra en comunión con la epopeya del Dr. Livingstone. Daniel, el guía, se para ante la estatua del explorador a la entrada del camino que conduce a las cataratas Victoria y habla con orgullo de aquel hombre que dio su vida por África y del que guardan un gratísimo recuerdo –que el tiempo no ha borrado, sino que ha consolidado– a pesar que en sus principios africanos tuvo que luchar contra el terror que el hombre blanco infundía a los indígenas; la mayoría no había visto uno jamás. Daniel asegura que aunque el cadáver embalsamado de David Livingstone fue

enviado a su Escocia natal, su corazón está enterrado en Chitambo bajo un árbol de maopane. Al comenzar la ruta se siente el vaho que como un calabobos humedece la ropa y el pelo, hasta que esa ligera humedad acaba empapándonos si no se va cubierto con los amplios impermeables que el hotel se ha encargado de aprovisionar. El rugido del agua cayendo se hace cada vez más ostensible hasta que, al pie de la gran cascada, se vuelve ensordecedor.

La Estela del Doctor Livingstone

El Dr. David Livingstone había estado ocho años en África ejerciendo de misionero cuando decidió adentrarse en el desierto de Kalahari en 1849, en su afán, sueño o quimera de abrir rutas en África para propósitos religiosos y comerciales, pensando que una de las mejores formas sería navegando el río Zambeze que, naciendo en Zambia, recorre 2.600 kilómetros hasta su desembocadura en el Océano Indico. Entre 1852 y 1856 inicia su odisea desde el Atlántico hasta el Índico, descubriendo entretanto, en 1855, las cataratas Victoria, también llamadas Chinotimba (Lugar que Truena) por los Nambia, Mapopama (Estruendo) por los Zezeru, Manza Thungayo (El Humo que se Eleva) por los Ndebele y finalmente Mosi-Oa-Tunya (El Humo que Ruge), hasta que el intrépido explorador dio con ellas y, tras permanecer atónito ante tamaña visión diciendo "Los ángeles tienen que detener su vuelo para ver un espectáculo como éste", las nombró Victoria como su Reina. El descubrimiento de la mayor cortina de agua del mundo, con más de un kilómetro de ancho y cien metros de caída, le supuso al Doctor Livingstone uno de los momentos más grandiosos de su vida y la ratificación de que el Río Zambeze, desde los rápidos de Kabrabasa, se hacía innavegable a causa de sus numerosos saltos y cataratas. La expedición resultó un fracaso, acrecentado por la muerte de su hermano Charles y de su esposa Mary. De regreso a Inglaterra en 1864 recibió duras críticas por parte de la prensa y de la opinión pública. Sin embargo, tanta calamidad no mermó su entusiasmo y en 1866, sufragado por suscripciones particulares, regresó a África en busca del nacimiento del Nilo.

El agua cae a mansalva y su color es blanco, y beige, y hasta se vuelve marrón por el barro que arrastra en su tumultuoso descenso. Daniel sonríe, con esa sonrisa blanca y abierta que irradia alegría. Ha estado allí cantidad de veces, pero siempre se le abre la sonrisa al observar la cara de los que contemplan el salto de agua por primera vez. Continúa con su narración sobre David Livingstone, al que admira profundamente. Cuenta cómo ese filántropo, doctor en medicina y misionero protestante, luchó encarecidamente por abolir la esclavitud. Cuenta cómo lloraba al ver las aldeas en ruinas y los cadáveres sin sepultar tras el paso de los traficantes. Y dice que el Doctor se sentaba al fuego con los nativos a escuchar las leyendas de sus héroes, igual que durante su infancia escocesa le hipnotizaban las leyendas



1/ Impala con expresión enternecedora durante un safari realizado a través del parque Chobe. **2/** David Livingstone posa con su pipa en su mejor faceta de explorador, en un cuadro que cuelga de las paredes del salón del hotel Royal Livingstone. **3/** Recorriendo el río Chobe es habitual contar con la compañía de elefantes, hipopótamos, cocodrilos… **4/** Cena al aire libre en el hotel Zambezi Sun al anochecer.

Parque Nacional de Chobe - El Parque de los Elefantes

A una hora de Livingstone está la frontera con Bostwana: una caseta pequeña en la que hay que entregar el visado, pagar unos cuantos dólares y pasar las botas por un curiosa bayeta, por si las vacas locas… No muy lejos de la frontera, la cola kilométrica de camiones anuncia la cercanía del río Chobe. Los vehículos tardarán hasta semanas en atravesar el río ya que un único trasbordador los pasa de uno en uno. La lancha motora de "Bushtracks África" cruza el Chobe con aquellos que van a disfrutar del safari acuático y terrestre del parque homónimo, y lo hace por uno de los dos lugares en el mundo en donde, en medio de las aguas, se unen cuatro países: Zambia, Zimbabwe, Namibia y Bostwana.

En las fronteras norteñas de Bostwana se encuentran Kwando, Linyati y el río Chobe, que encierran lagos, islas y planicies con la mayor concentración de caza del subcontinente sudafricano. El parque Chobe es famoso por sus hordas de elefantes y búfalos que se agolpan a orillas del río. El crucero a bordo de una balsa motorizada es una auténtica delicia, navegando por aguas tranquilas de color azul marino moteadas por manchones verdes, el manjar de los elefantes que tras ducharse con su sinuosa trompa, engullen la hierba a matojos y salen del río limpios y hartos. Entre las flores de loto sobresalen unos ojos de aspecto extraterrestre que emergen de cuando en cuando de las aguas seguidos de una tremenda mandíbula que se abre de par en par y, tras oxigenarse, vuelve a su ser de hipopótamo que bajo una afable apariencia esconde uno de los animales más peligrosos de África.

El guía atisba las iguanas y los cocodrilos desde una distancia inverosímil, más teniendo en cuenta que los reptiles se camuflan con el paisaje perfectamente. En las laderas del río se agolpan manadas de impalas, antílopes, kudus de cuernos torneados, elefantes y cocodrilos, y no son más que una avanzadilla de lo que se verá por la tarde cuando el 4x4 atraviese los campos de tierra roja donde habitan. Al entrar el jeep en el parque, los primeros en aparecer son los impalas que conviven con los baboones, monos un tanto desconfiados con los que no conviene jugarse el tipo. Una hiena solitaria pasa la tarde tumbada a la bartola observando su entorno. Las "delicadas" patas de los elefantes levantan un polvo rojo tras el cual aparece el "barrio" de las gacelas, y sigue el de las jirafas que tienen la ventaja de poder comer todo aquello a lo que los demás no llegan. A las cebras, en cambio, les gusta la hierba del campo. Parecen inofensivas, pero si alguien se acerca a sus pequeños le pueden sacudir una buena patada o dar un mordisco para proteger a la avispada cría, que se pone en pie a los diez minutos de nacer, anda a los treinta y corre a la hora. Sin duda alguna el rey del parque es el elefante. A pesar de que en 1903 se predijo la extinción del gran mamífero por las matanzas de unos 50.000 al año para comerciar con el marfil que se exportaba a Inglaterra, el elefante ha sobrevivido y el parque Chobe tiene unos 60.000 deambulando majestuosos por la sabana y dejando a su paso una estela de árboles muertos tras comerse sus raíces, especialmente durante la estación seca. El león yace perezoso y se entretiene haciendo un trío con dos leonas que le remolonean y le siguen allá donde vaya el rey de la selva. El búfalo no se ha dejado ver en el parque pero sí en el lugar más insospechado, al lado de la carretera, enmarcado por un espléndido arco iris que dio por terminada la excursión a Chobe. De los cinco grandes de África "The big Five", elefante, león, leopardo, búfalo y rinoceronte, cuatro de ellos han hecho acto de "primorosa" aparición.

1/ La estupenda piscina del hotel Royal Livingstone parece una continuación del propio río. **2/** Coloridas jarras con forma de ave, recipientes para el zumo diario y natural de frutas o vegetales. **3/** Recibimiento folclórico a las puertas del hotel Zambezi Sun. **4/** Deportes de riesgo sobre las mágicas aguas de Mosi-Oa Tunya. **5/** Un relajante masaje al atardecer en el hotel Royal Livingstone. **6/** Panorámica del mítico puente que cruza el río Zambeze en esta zona.

de sus ancestros que su padre Neil Livingstone le relataba, también al ardor del hogar. El río define las fronteras de Zambia y Zimbabwe, antaño Rhodesia del Norte y Rhodesia del Sur, cuando Cecil Rhodes las descubrió. Siguiendo la vereda del río, las cataratas aparecen y desaparecen, mientras Daniel narra alguna de las numerosas leyendas que corren a propósito del "Humo que Ruge", como la creencia de que los enfermos se bañaban desnudos a los pies de la cascada, tiraban sus ropas al agua, y al volver al poblado, frescos del agua del Zambeze y con ropas nuevas, estaban curados. Y nos cuenta que cuando había sequía el jefe de la tribu les enviaba a buscar agua de las cataratas y a su vuelta danzaban y danzaban, salpicados por el agua benefactora hasta que llovía. Logrado su objetivo, corrían raudos y veloces a ofrecerle productos de la tierra al fantasma del Mosi-oa-Tunya, nombre que ha tomado prestado la cerveza local, "Mosi".

Los Colores del Zambeze

El agua cae a borbotones sobre la gente, que ni se inmuta embrujada ante la cercanía de esa masa acuática que apenas deja entrever el viaducto del ferrocarril, obra de Cecil Rhodes, que en 1905 soñó con unir El Cairo con Ciudad del Cabo. Es hora de volver al hotel. Se va a poner el sol y hay que coger sitio preferente en la terraza para no perderse ni un matiz de la paleta de colores con que el sol va pincelando las aguas del río y el cielo antes de esconderse tras los cedros y las acacias. De regreso, en el minibús reina el silencio. El rugido del agua al caer y la belleza de esta octava maravilla del mundo están todavía grabados en el oído e impresas en la retina. Queda el tiempo justo antes del gran espectáculo solar para experimentar alguno de los seductores masajes en el gazebo a orillas del Zambeze, que tiene un cristal estratégico en el suelo para observar la corriente del río mientras unas manos mágicas deambulan por el cuerpo, culminando la jornada con un tratamiento a base de bálsamo de limón o cuarzo de rosa. La terraza está llena: un equipo de cine australiano que realiza un documental sobre los elefantes de Zambia y Bostwana, una boda francesa en que los novios parecen haberse traído a todos los invitados de luna de miel, un hombre solitario sentado en un rincón al que la luz del ocaso le da un aire misterioso y ¡Cómo no! Los micos saltarines ocupando los mejores lugares. ¡Y comienza la sesión! Las aguas del río se tornan rojas, malvas, violetas, y finalmente casi negras en cuestión de segundos, mientras que el cielo baila a su mismo ritmo y le acompaña con una sinfonía de tonos en los que desfila el rojo bermellón que palidece a naranja, pasa a rosa pastel y se convierte en violeta. Se ha hecho la noche y el cansancio se hace ostensible.

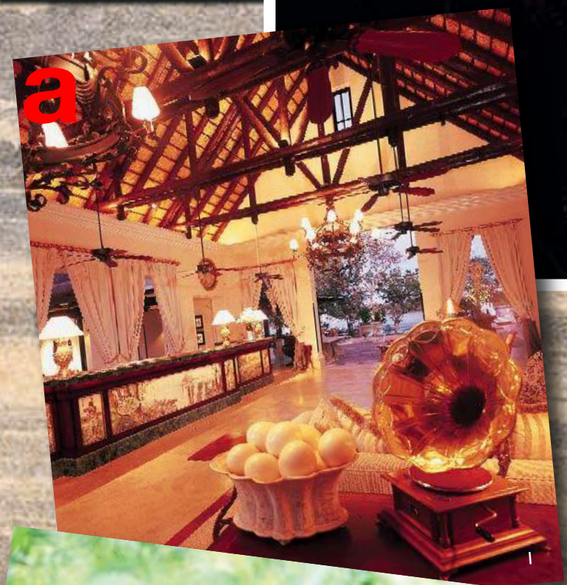
Al día siguiente llega el momento marchar. Al salir de la habitación mirando el suelo en señal de aflicción por la

partida, aparece una pata curiosa llena de manchas amarillas que parece no acabarse nunca. Es "Shungu", la cría de jirafa que nació en el hotel el día de los Reyes Magos del 2009. Viene a decir adiós y a su lado la familia entera le acompaña en una despedida a la que enseguida se une un grupo de cebras y algún que otro vervet.

El coro del hotel, compuesto por jóvenes en paro que dejaron de estarlo al formar parte del equipo hotelero, entona con sus increíbles voces esas melodías africanas llenas de fuerza y de vida que hacen que resulte aún más difícil marcharse. Adiós al Royal Livingstone, un sueño hecho realidad a orillas del Zambeze. Adiós a la magia y a la grandiosidad de las cataratas y su entorno, y adiós a la tierra roja de África. Un adiós que David Livingstone nunca pronunció, pues quedó para siempre en esa tierra africana que tanto amaba. Después de su vuelta a África en el 1866, en su empeño por encontrar el nacimiento del Nilo, Livingstone desapareció. Y seguramente no se hubiera sabido nada más de él si no hubiera sido por esas bazas extrañas con las que juega el destino, en este caso llamado James Gordon Bennet, director del New York Herald quien, atraído por la leyenda y la personalidad del Dr. Livingstone, encomendó a uno de sus periodistas preferidos, Henry Morton Stanley, la misión a cualquier precio y sin fecha límite de encontrar al explorador allá donde se hallase: "Llevaos todo cuanto pueda serle útil, guiándoos por vuestras propias ideas. Haced lo que mejor os parezca; pero encontrad a Livingstone", fueron sus palabras de despedida. Cargado con fardos de tela y sacos de abalorios con los que comerciar –en la África central de aquel entonces poco valía el dinero–, Stanley partió en una expedición llena de calamidades y también de emoción. Cruzó ríos, atravesó desiertos, enterró a compañeros y, cuando estaba a punto de desistir, encontró en Zanzíbar, en la ciudad de Ujiji, al criado de Livingstone, Souzi, que con toda naturalidad y como si fuera cosa sabida, le aclaró que el Doctor estaba en el pueblo. Curiosa reflexión la de Stanley cuando antes de proferir la archifamosa frase al encontrarse con el Doctor "¿El Doctor Livingstone, supongo?", dudó si abrazarle o no. Pero "el Doctor era inglés", pensó, y se contuvo… Livingstone y Stanley brindaron y bebieron, hablaron sin parar. Stanley se quedó prendado del buen humor del filántropo y de su alegría contagiosa. Le puso al corriente de los últimos acontecimientos mundiales, entre ellos la apertura del Canal de Suez y el tránsito regular entre Europa y Asia, y le entregó la correspondencia de su familia que Livingstone guardó celosamente para leerla a solas. David Livingstone y Henry Stanley terminaron siendo excelentes amigos, una amistad que quedó truncada cuando, tras un año de exploración conjunta por Tanganika, decidieron tomar caminos diferentes y, al poco, David Livingstone moría a la edad de 60 años, en Chitambo, el 1 de Mayo de 1873.

1/ Cálido y acogedor hall, decorado con motivos locales –como los huevos de avestruz– y de la época colonial –como este coqueto gramófono– en el hotel Royal Livingstone. **2/** Voces fuertes y dulces despiden a los huéspedes a las puertas del mismo hotel en el momento de su partida. **3/** Espectacular vista de las cataratas Victoria desde Zimbabwe. **4/** La Reina de África, fotografiada en su navegar elegante y cadencioso por las aguas del río Zambeze.

3



1

2

African Queen

La travesía del Zambeze a bordo del African Queen es otra de las guindas de "The Royal Livingstone Hotel", un placer que no hay más remedio que probar. Es dulce, sabrosa y tendrá su lugar especial en el cuaderno de los recuerdos inolvidables de la aventura en Livingstone.

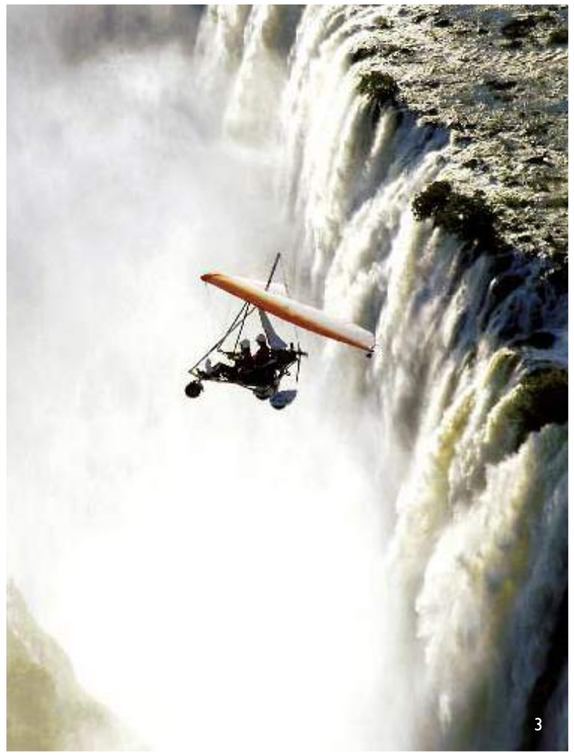
El interior del barco poco ha cambiado desde su nacimiento, cuando su objetivo era el transporte y el comercio. Hay gente de todos los colores y de todas las lenguas. El denominador común es un ambiente relajado y una tripulación sonriente que ameniza la tarde rellenando las copas con vino blanco de Sudáfrica o sirviendo unos gin-tonics de color rosáceo que hacen que la vida se vea aún más rosa de lo que ya lo es en esos instantes. Los cormoranes entonan un curioso trino al paso del barco y el Ibis Sagrado contempla el agua desde la orilla agudizando el ingenio para atrapar un sapo, caracol o pez de los que se alimenta.

El águila pez africano, pájaro nacional de Zambia, hace los honores y revolotea con elegancia mientras canta su característico "kyow-kow-kow", mientras el barco navega con parsimonia por unas aguas tan serenas que es difícil creer que en poco tiempo la corriente las volverá tumultuosas y el río sufrirá una completa metamorfosis.

4

guía de viaje

1/ Suite del hotel Royal Livingstone, en donde se duerme escuchando el correr del río Zambeze y se amanece observando la velocidad de sus aguas en su carrera hacia las Cataratas. **2/** La llegada de la noche realza con una luz especial la magia y la leyenda de este hotel, ubicado en un enclave espectacular. **3/** La libertad de saludar a las dramáticas cataratas desde un ala delta. **4/** Tienda de artesanía y recuerdos del hotel Royal Livingstone, con tallas de madera, cerámicas preciosas, y ropa africana.



CÓMO LLEGAR

Iberia (www.Iberia.es) vuela diariamente a Johannesburgo y, dado que no cambiamos de huso horario, el trayecto nocturno resulta muy conveniente, saliendo de Madrid a las 00,35 horas y llegando a Johannesburgo a las 11,35 de la mañana. A la vuelta sale del aeropuerto O R Tambo de Johannesburgo a las 21,45 y llega al aeropuerto de Madrid-Barajas a las 06,50 de la mañana. El vuelo desde el aeropuerto O R Tambo de Johannesburgo hasta el aeropuerto de Livingstone, en Zambia –con South African Airways– dura unas dos horas.

TIPO DE VIAJE

Naturaleza, deporte, aventura, gastronomía, compras y aspectos sociológicos.

MEJOR ÉPOCA PARA VIAJAR

La estación de lluvias se extiende desde noviembre hasta abril. Si viajas entre agosto y mayo es recomendable llevar ropa de verano, y alguna prenda ligera de abrigo durante el resto del año. El clima de la zona es subtropical.

ESTANCIA MÍNIMA

Una semana da de sobra para disfrutar de casi todas las interesantes actividades que ofrecen The Royal Livingstone Hotel y el Zambezi Sun.

VACUNAS EXIGIDAS

Por ahora no existe ningún requisito de vacunación para los viajeros internacionales que viajen a este destino.

MONEDA

El kwacha.

ALOJAMIENTO

The Royal Livingstone Hotel

Es un hotel de cinco estrellas que pertenece a la cadena Sun International, cuyo lema es "Un Millón de emociones en un solo destino". Esta cadena hotelera sudafricana se caracterizada por la ubicación estratégica de sus hoteles y por su gran compromiso con el medio ambiente y el desarrollo social en África. En el año 2008 los dos hoteles de Sun International en Zambia, el Royal Livingstone y el Zambezi Sun, fueron reconocidos con el premio de Turismo Responsable IMVELO por sus programas de ayuda a los más necesitados en temas de educación, salud, bienestar e higiene, y en este año 2009 The Royal Livingstone Hotel ha recibido el prestigioso World Travel Award al mejor hotel el Zambia.

Tel.: +260 (21) 321 122/4552
E-mail: natsales@za.suninternational.com
www.SunInternational.com

Zambezi Sun

El Zambezi Sun es el complemento ideal de su vecino de río The Royal Livingstone Hotel. Su categoría es de tres estrellas, pero su realidad es de cuatro. Su decoración étnica está inspirada en la arquitectura, colores y diseños africanos. Su ambiente es desenfadado y organiza eventos gastronómicos como "El Boma", en el que al aire libre y con las magnéticas canciones ancestrales, se degusta la gastronomía africana.

Tel.: +260 (21) 321 122/4552
E-mail: natsales@za.suninternational.com
www.SunInternational.com

GASTRONOMÍA

El Restaurante de "The Royal Livingstone Hotel"

Es una auténtica exploración culinaria en la que experimentar nuevos sabores y texturas. En el marco incomparable de su ambiente colonial, bien en una mesa camuflada entre las suaves telas de un mosquitero o bien en la terraza contemplando la noche del Zambeze, se pueden degustar platos en los que predomina el maíz, el cacahuete y el camote aderezados con comino y cardamomo, entre vinos excelentes y sugerentes formas de cocinar el pollo, el cocodrilo o el avestruz.

El British Tea se sirve a partir de las cuatro de la tarde en el salón. Para ver la puesta de sol, nada como el bar de la terraza ubicada al borde del río, y para saborear el cóctel diario del barman nada como el magnético bar interior, con sus muebles coloniales, ventiladores de aspas y todo tipo de detalles. Es perfecto.

El Restaurante de "Zambezi Sun"

Cuenta con el Cocodrile Café, el bar de la piscina con comida informal y ligera, y el grill de la piscina para parrilladas. Kingfisher Braai organiza barbacoas y el Teatro de Comida-Zambezi Sun tiene de todo un poco para todos los gustos.

INELUDIBLES

- Royal Livingstone Express: Recorrido por el Valle del Zambeze en el tren a vapor con cena incluida.
- Rafting, con un ligero almuerzo incluido. El Río Zambeze está considerado como uno de los mejores para sortear los rápidos en canoas.
- Pesca a mosca en la parte superior del río Zambeze con un equipo especializado que se encarga de proveer lo necesario. Se puede pescar el pez tigre, uno de los más difíciles en su rango.
- Vuelos escénicos en helicóptero, sobrevolando las cataratas Victoria.
- Paseo por el parque natural de Mosi-oa-Tunya, donde se encuentran las cataratas Victoria.
- Navegación de los rápidos en una lancha motora, llegando hasta el enclave espectacular de Batoka Gorge, uno de los tesoros naturales de Zambia.
- Safaris acuáticos a bordo de una balsa que navega tranquilamente el río Zambeze, mientras el pasaje contempla a los elefantes, hipopótamos, cocodrilos y demás fauna que sale al paso.
- Exploración a caballo o en coche de caballos alrededor de las cataratas y el parque nacional.
- Cruceros matutinos y vespertinos para observar la puesta de sol a bordo del African Queen o del African Princess.
- Safaris a lomos de elefante.

Todas éstas actividades se organizan desde The Royal Livingstone Hotel o desde el Zambezi Sun.

COMPRAS

La tienda de artesanía de The Royal Livingstone Hotel es una maravilla, en la que se encuentran máscaras, cerámicas con motivos étnicos, ropa y muñecos de madera de vivos colores.

BIBLIOGRAFÍA

"Viaje en busca del Doctor Livingstone al centro de África" por Sir Henry M. Stanley.